



Cuba después de Castro: perspectivas y posibilidades

Mark Falcoff *

Tema: El presente documento analiza las perspectivas y posibilidades de Cuba, ahora que el presidente Fidel Castro ha cedido temporalmente el poder a su hermano, el general Raúl Castro.

Resumen: El anuncio de que el presidente cubano, Fidel Castro, ha cedido temporalmente el poder a su hermano, el general Raúl Castro, ha levantado toda clase de especulaciones con respecto al futuro de Cuba. Sin embargo, en realidad, el procedimiento de sucesión está en vigor desde hace algún tiempo, tanto en lo que se refiere al sistema formal, como en lo referente a la sociología del poder. A pesar de que Raúl Castro carece de muchas de las formidables cualidades políticas de su hermano, no debe ser infravalorado. Aunque Cuba sigue padeciendo la pérdida de su socio soviético, hasta cierto punto, Venezuela le ha tomado el testigo a este último. EEUU tiene sus propios planes para la transición cubana, en los que no se encuentra incluido ninguno de los hermanos Castro, pero en realidad no se atreve a perseguir sus objetivos con excesivo vigor por temor a una crisis migratoria. Aunque se sabe que los cubanos prevén que van a experimentar algún tipo de mejoría una vez que Fidel Castro desaparezca de la escena, sus aspiraciones exactas son vagas y desconocidas, y no pueden competir con la eficacia y determinación del régimen.

Análisis:

La Crisis

El anuncio hace por parte del Gobierno cubano de que el presidente Fidel Castro había sido sometido a una intervención quirúrgica de urgencia debido a una hemorragia interna y, que, por ello, transfería temporalmente el poder a su hermano Raúl, suscitó repentinamente una serie de cuestiones interesantes acerca del futuro del régimen en la isla y de las relaciones del país con el resto del mundo y, en especial, con EEUU.

Si Cuba fuera –tal y como reivindica ser– un Estado comunista de categoría más o menos “normal”, un problema de salud de su líder no suscitaría un interés tan intenso por parte de los medios de comunicación y del mundo político. No obstante, en realidad, la fascinación morbosa que ha despertado la enfermedad de Fidel Castro pone de relieve un hecho poco conveniente: en sus últimas etapas, el régimen cubano se ha asemejado de manera lamentable a las dictaduras hereditarias que han constituido a menudo una plaga en los pequeños países de la periferia caribeña. Por un lado, actualmente la institución más importante en el país no es el Partido Comunista, sino el ejército, y, por otro, la pirámide del poder político es más o menos coherente con la jerarquía generacional de la familia gobernante. Además, hasta hace bien poco, ha dependido casi íntegramente de turbios acuerdos con inversores extranjeros sin escrúpulos.

* Académico emérito residente, American Enterprise Institute

No puede negarse el hecho de que el propio Fidel Castro es una figura que desborda la realidad no solo en Cuba sino, hasta cierto punto, en el mundo entero. A lo largo de medio siglo ha tomado casi todas las decisiones importantes en la isla. A pesar de que ha hablado reiteradamente de institucionalizar su revolución, ésta sigue constituyendo en gran parte una cuestión personal. La prueba está en que a lo largo de los años, el dictador ha truncado brutalmente las carreras (y en ocasiones, las vidas) de otros que podían tener razonables expectativas de sucederle, o, al menos, de poner en entredicho su incuestionable poder, empezando por Huber Matos y finalizando, en tiempos más recientes, por el general Armando Ochoa. A pesar de que se habló mucho hace una década de que estaba preparando a una generación más joven para sucederle, se ha avanzado muy poco en esa línea, hecho que se hace más patente con la repentina aparición de Raúl Castro tras la sombra de su hermano.

El Panorama Actual de la Sucesión

La decisión de Fidel Castro de ceder temporalmente el poder a su hermano no ha podido sorprender a los cubanos de a pie ni a nadie de fuera del país que haya seguido detenidamente los acontecimientos de los últimos cinco años. A nivel institucional, Raúl es vicepresidente del Consejo de Estado y vicepresidente del Partido Comunista cubano, por lo que no se puede poner en entredicho su derecho a tomar las riendas del poder en caso de que su hermano mayor desapareciera de la escena. Pero no se trata únicamente de simples cargos institucionales: durante años, Raúl Castro ha ido acumulando poder económico y político sin cesar. Es ministro de las Fuerzas Armadas y ministro del Interior. La primera de estas carteras es especialmente importante, ya que lo coloca en la cúspide del sector turístico, uno de los pocos sectores productivos de la economía cubana, que está regido por el ejército. También se ha preocupado por colocar a sus partidarios ("raulistas") a la cabeza de los Ministerios más importantes (azúcar, transporte, comunicación, educación superior e industrias básicas) y en el Banco Central, así como en los cargos fundamentales del Partido Comunista y de la Asamblea Nacional.

Se dice a menudo –con algo de razón– que Raúl Castro carece de las habilidades y la inteligencia que han convertido a su hermano mayor en un político de éxito. La gente se refiere a él despectivamente como el hombre con menos encanto de Cuba. Brusco y a menudo áspero, es un orador público con pocos recursos, casado con una mujer de mal carácter que, como presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, es profundamente despreciada en Cuba. Carece del *glamour*, el brío y el *cachet* revolucionario que caracterizaron a Fidel en sus mejores años, además de que no es por sí mismo ninguna leyenda revolucionaria importante.

Por otro lado, podemos estar subestimando su resistencia, su capacidad de organización y su realismo. Su único problema grave quizá sea su salud, que, según se rumorea, es precaria. A sus 75 años puede que no sobreviva mucho tiempo a su hermano, e incluso en estos momentos no habría que descartar que muriera antes que él. Si la revolución cubana va a seguir siendo una cuestión familiar, dentro de poco seguramente deberá dar paso a la siguiente generación, posiblemente a Fidel Castro Díaz-Balart, el único hijo legítimo de Castro, que estudió física nuclear en la Unión Soviética y fue director de la Comisión de Energía Atómica de Cuba. En ausencia de Fidel y Raúl Castro, el régimen cubano podría sufrir una metamorfosis hacia un tipo de liderazgo más impersonal, "colectivo", tal y como se caracterizaban los regímenes comunistas clásicos de Europa del Este, pero esta posibilidad requiere dar un salto significativo en la imaginación.

Cuba en la Comunidad Internacional

Sea quien sea quien suceda a Fidel Castro deberá enfrentarse a ciertos desafíos complicados. Cuba se ha inventado tres veces como país: una vez como colonia española, otra vez como protectorado americano y, por último, como miembro de lo que podría definirse (generosamente) como la Mancomunidad Soviética de Naciones (el

único de sus miembros en haberse adherido voluntariamente). En cada una de estas tres encarnaciones ha disfrutado de una beneficiosa asociación con un imperio importante. Desde la caída de la Unión Soviética, Cuba ha tenido que improvisar una serie de relaciones con otros países, ninguno de los cuales le ha vuelto a aportar las ayudas anuales de 6.000 millones de dólares que le brindaba Moscú.

Los nuevos acuerdos comerciales con China, el fin del aislamiento en Latinoamérica (incluida su reciente adhesión a MERCOSUR), la apertura al turismo europeo, canadiense y latinoamericano, y, más recientemente, la lucrativa relación económica con la Venezuela de Hugo Chávez, han frenado un poco la hemorragia. Por otro lado, se puede decir que, hasta el momento, ni siquiera con todas estas relaciones, se ha conseguido restaurar la modesta calidad de vida que reinaba antes de 1989. El régimen también ha sufrido recientemente un endurecimiento del embargo por parte de EEUU, que prácticamente ha interrumpido la mayoría de los viajes entre EEUU y Cuba, y ha disminuido drásticamente el límite en las remesas de dinero (que, en determinados casos en el pasado reciente, constituían la principal fuente de divisas de Cuba).

Además, desde 1990 los bienes de equipo en Cuba empezaron a conocer un constante deterioro, como demuestra el virtual colapso de la industria azucarera –la actividad económica más antigua e importante del país–. Determinadas relaciones problemáticas con ciertos inversores extranjeros han provocado la cancelación de contratos o demoras en su cumplimiento. Las nuevas incertidumbres políticas frenarán a los inversores extranjeros hasta que quede clara la reasunción plena del poder por parte de Fidel Castro o el éxito de la sucesión en el poder de su hermano. En cualquier caso, gran parte de la oleada de inversiones extranjeras de los años 90 se efectuaron con base en la suposición de que pronto finalizaría la prohibición estadounidense de realizar viajes turísticos al país, previsión que se vino abajo cuando Castro derribó tres aviones norteamericanos y se promulgó de la Ley Helms-Burton (1996).

Al analizar la situación internacional de Cuba, vemos que, probablemente, el acontecimiento más importante ha sido la aparición del presidente venezolano Hugo Chávez como el mejor amigo y aliado de Fidel Castro. Según se informa, está aportando a la isla aproximadamente 90.000 barriles de petróleo diarios (de los que la isla consume poco más de la mitad y vende así el resto en el mercado *spot* mundial por divisas). A cambio, los cubanos han destinado médicos, profesores, entrenadores deportivos, agentes del departamento de inteligencia y militares a Venezuela para ayudar a Chávez a consolidar su gobierno.

La contribución de Chávez a la supervivencia del régimen cubano no ha sido menos significativa. Tras el fin de la concesión de ayudas por parte de la Unión Soviética en los años noventa, cuando el país estaba al borde de la inanición, presuntamente, Raúl Castro convenció a su hermano para que implantara algunas pequeñas reformas económicas que fomentaran una mayor producción agrícola (y que también facilitarían el autoempleo). Con estas medidas se ganó la reputación de pragmático en la prensa internacional; algunos, incluso en estos momentos, sugieren que si sucediera a su hermano mayor, ampliaría y acentuaría las reformas. De todas formas, muchas de las concesiones que se hicieron al mercado a mediados de los noventa ya se han eliminado y la llegada de la ayuda venezolana disipa el último aliciente para conservarlas.

Algunos ahora se preguntan si no ha sido la generosidad económica de Chávez la que ha permitido que el hombre fuerte de Venezuela disponga de un hueco en la mesa de negociaciones cuando tenga que decidirse el futuro político de Cuba. Probablemente, esto sea una exageración. La elite política y militar cubana más bien debe de considerar a sus homólogos venezolanos como torpes aficionados necesitados de una orientación severa y disciplinada. Además, el propio sentimiento cubano de su propia identidad

nacional es mucho más intenso que el de Venezuela, que carece de una leyenda coherente propia de naturaleza heroica. Por último, al haber llegado al poder por las urnas, Chávez carece de la mística de un genuino revolucionario, lo que le hubiera permitido tener una voz decisiva o al menos significativa en las altas esferas cubanas salvo bajo circunstancias de extrema urgencia.

Perspectivas con respecto a las Relaciones con EEUU

El debate acerca del cambio político en Cuba pone inevitablemente de relieve la cuestión sobre las futuras relaciones de la isla con los EEUU. Esto se debe a razones históricas y geográficas, y también a que la revolución cubana ha originado una diáspora políticamente importante, bien organizada y bien financiada, centrada en dos estados – Florida y Nueva Jersey–, que representa un significativo número de votos en las elecciones presidenciales.

Sin duda alguna, esta comunidad de exiliados ha ejercido una influencia en la política cubano-americana muy superior al que le correspondería por número de votantes (aunque también es cierto un hecho frecuentemente ignorado por los comentaristas europeos y latinoamericanos: que el éxito de los grupos de presión de los exiliados se ha apoyado en gran parte en una extendida aversión entre el público en EEUU hacia los hermanos Castro y todas sus actividades). La comunidad cubano-americana se ha valido periódicamente de esta influencia para reforzar el embargo y últimamente también para forzar a Washington a definir las condiciones que impondría para reconocer y apoyar cualquier régimen posterior a Castro. La Ley Helms-Burton, por ejemplo, específicamente nombra a Fidel y a Raúl Castro como personas con las que los EEUU se niegan a negociar bajo cualquier circunstancia. El último ejemplo lo constituye el Plan para la Transición en Cuba (2004) que, supuestamente, esboza las circunstancias bajo las cuales los EEUU desembolsarían 80 millones de dólares para apoyar un gobierno posterior al régimen de Castro. El hecho de que dichos planes podrían alarmar a los cubanos de a pie (muchos de los cuales temen que los exiliados vuelvan para recuperar sus bienes expropiados y vengarse de sus antiguos compatriotas) no parece preocupar a los dirigentes del exilio, que a menudo parecen estar ciegos ante los grandes cambios culturales, étnicos y políticos que han tenido lugar en la isla desde 1958. Huelga decir que el Gobierno cubano aprovecha al máximo las oportunidades propagandísticas que presenta este escenario político.

De todas formas, a pesar de la postura oficial de EEUU, en caso de que se dieran cambios significativos en la propia Cuba, la coalición que apoyó la Ley Helms-Burton probablemente se disolvería al intentar algunos de sus elementos reposicionarse para aprovechar las nuevas oportunidades de inversión. Incluso en la comunidad cubano-americana surgirían divisiones significativas. Dicho esto, tales cambios son inconcebibles si Fidel Castro vuelve a tomar las riendas del país, y, quizá, improbables en el caso de que su hermano lo suceda con éxito, aunque sólo sea porque éste tendrá que justificar su derecho a la sucesión y sus credenciales revolucionarias.

A pesar de que la normalización de las relaciones con EEUU ha sido el objetivo declarado del Gobierno cubano durante algún tiempo –incluso hasta el punto de ser su prioridad fundamental en política exterior– el propio Fidel Castro ha rechazado en más de una ocasión las oportunidades de lograr algún progreso, muy especialmente en el caso del intento realizado por el secretario de Estado Kissinger y el secretario adjunto William Rogers a finales de la Administración Ford (1979-1980). En cierto modo, no es de extrañar; la mística revolucionaria de Castro depende hasta cierto punto de su relación de confrontación con EEUU (que también genera importantes beneficios en organizaciones internacionales como las Naciones Unidas); acceder a tener una relación burguesa “normal” debilitaría su propia leyenda de revolucionario intransigente. Además, dada la

versión oficial de la historia cubana (que en realidad es anterior a Fidel Castro), la relación entre Cuba y EEUU debe ser siempre y en todo lugar un juego de suma cero.

De hecho, es muy posible que el *statu quo* sea del agrado de ambos lados del estrecho de Florida. Cuba no ofrece ningún beneficio económico significativo a EEUU –es un mercado pequeño con una población profundamente empobrecida y con probabilidades de continuar siéndolo–. No tiene nada que EEUU necesite o desee. Las exageradas expectativas del sector agropecuario se basan en extrapolaciones erróneas de los días en los que EEUU absorbía la cosecha azucarera cubana en su totalidad a precios subvencionados. Incluso las perspectivas turísticas deberían descontarse debido a las insuficientes infraestructuras de Cuba y a la competencia que representan las instalaciones de reconocido prestigio que ofrecen alojamiento de alto nivel, como Méjico y la República Dominicana.

Es más, en estos momentos la preocupación fundamental de Washington se centra en los flujos de migración descontrolada. Los acuerdos actuales con La Habana (1994) garantizan un movimiento regulado de aproximadamente 20.000 personas al año a EEUU y establecen un mecanismo de repatriación de aquellos que hubieran salido ilegalmente del país. Un cambio abrupto en el Gobierno cubano o, peor incluso, el colapso de la autoridad, podría traducirse en otra crisis migratoria como la que traumatizó al estado de Florida y a gran parte del sureste de los EEUU en 1980.

Esta agenda tácita probablemente coloque implícitamente a cualquier Administración, incluida ésta, en contraposición con elementos de la comunidad cubana en el exilio cuya máxima prioridad es evidentemente el cambio de régimen. En efecto, en el núcleo de la política estadounidense reside una honda contradicción –un deseo de transformación política en Cuba hacia algo más o menos parecido a lo existente en Costa Rica, Chile o Uruguay, pero un temor aún mayor a los disturbios–. Bajo tales circunstancias, el inmovilismo es la solución lógica.

Conclusiones: Es obvio –como confirman infinidad de visitantes a la isla– que los cubanos de a pie esperan que haya algún tipo de cambio cuando Fidel Castro abandone la escena. Pero no está claro en qué consistirá dicho cambio, si consistirá en un adiós a la escasez, el racionamiento, el servicio en la milicia, viviendas que no cumplen requisitos de habitabilidad, o simplemente el fin de un estado psicológico de guerra en el que ha vivido el país durante casi medio siglo. Algunos analistas creen que estas expectativas son de tal calibre que Raúl Castro no tendrá otra opción que materializarlas al menos parcialmente, ya que de otro modo podría perder autoridad e incluso el poder. Pero los hermanos Castro han tenido tanto éxito con su combinación de ideología, organización, aprovechamiento de de la coyuntura internacional favorable, represión y la asignación selectiva de recompensas, que sería realmente sorprendente que cualquiera de ellos decidiera abandonar ahora.

Mark Falcoff
Académico emérito residente, American Enterprise Institute